

Carpas y Volatineros

Por WALFREDO VICENTE

CADA año, con motivo de las festividades de Navidad y Año Nuevo, la chiquillería de La Habana goza en las funciones de los circos, iniciándose así la temporada que continuará con jiras por el interior de la Isla.

—“Habiendo dinero en Cuba —afirma el señor Luis Morales, administrador del circo “Montalvo”— no vale la pena ir al extranjero, a correr riesgos”.

El circo “Montalvo” se ha colocado a la cabeza de los primeros de su clase, teniendo un gasto por concepto de personal de \$120 diarios cuando está instalado en los alrededores de la ciudad de La Habana y de \$250 cuando hace su jira por el interior de la Isla, al que hay que agregar los gastos adicionales de alquiler de los wagones de ferrocarril, los boletines que amparan el pasaje de la “compañía”, el arrastre de cerca de 30,000 kilos de carga, los impuestos, contribuciones, consumo de luz eléctrica y propaganda.

En el mes de enero, aprovechando la zafra azucarera, inicia este circo su jira por vuelta arriba y su llegada a muchas poblaciones es motivo de gran regocijo popular al convertirse su estancia en una alegre y bulliciosa feria. En las pequeñas localidades ofrece una sola función arrojándose el circo por la tarde y tumbándose a medianoche, para continuar el viaje agregado a un tren que pase de madrugada. A fines de mayo y durante los meses de junio y julio, éste circo, como otros muchos, recorre la provincia de Pinar del Río, aprovechando la zafra tabacalera.

—“Hay en Cuba —comenta el señor Morales— muy buenos artistas de circo y no es necesario contratar troupes extranjeras para formar una buena compañía. El artista que más escasea es el payaso y, sobre todo, el clown o excéntrico musical con su contrafigura, el suaré. Las empresas no pueden contratar, como son sus deseos, a todos los artistas que solicitan trabajar...”

Cada circo tiene un capataz que es el jefe de los mozos y responsable de la carpa; un director de pista, que es el encargado del programa; un representante, que es el individuo que escoge la población, el lugar para instalar el circo y dirige la propaganda; agente, que es el que se encarga de repartir los programas, colocar los pasquines y anunciar la función; administrador que corre con todo el movimiento económico del circo y la empresa, constituida por los propietarios del circo.

El valor neto de un circo de tercera categoría es de unos \$500; el de uno de segunda, de

\$1,600 y el de uno de primera de \$5,000, sumándosele, en cada caso, un estimado por el crédito público de que goza.

Las autoridades municipales dan toda clase de facilidades a los circos de tercera y segunda categorías para que puedan ofrecer sus funciones. Por este motivo, las empresas y los artistas guardan agradecimiento a muchos alcaldes que no escatimaron su actuación personal ni pusieron reparos, para viabilizar la función y, en ocasiones, les dijeron:

—Bueno, den dos funciones y después... ¡levanten campamento!

Un circo pequeño constituye una familia, en la que mozos, artistas y empresa se ayudan recíprocamente. Un circo de esta clase tiene de gastos unos \$70 diarios. La desconfianza del público, al prejuzgar la calidad del espectáculo, hace que las recaudaciones por función sean de \$25, \$30 ó \$40. Entonces la empresa le entrega a cada artista empleado una parte proporcional de su labor, de acuerdo con lo estipulado en cada contrato, dejando como débito el resto, hasta que “haya una buentra entrada”...

Esa empresa es la que subyuga, noche tras noche, al artista convirtiéndolo, a la postre, en un empresario más, llegando a realizar, dentro del circo, los más disímiles trabajos, tales como ayudar a levantar o a tumbar el circo, a coser la carpa, a tocar en la orquesta, a hacer varios números, etc.

—¡Cuántas veces —afirma Pablo Díaz Felipe— hemos tenido que apelar a la bondad de los mozos para poder comer un bocado y cuántas otras, esos propios mozos tuvieron que salir por la sitiería a forrajear vian-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

das con las que hacer el cocido del día!

Quien habla es un veterano de la maroma, con más de veinticinco años de acrobacia haciendo argollas, cuerda marina, trapecio, escalera giratoria, bambú, etcétera, con tal destreza y perfección que sus compañeros le proclamaron el mejor cuerdista de Cuba. Ha recorrido la Isla con los circos "Santos y Artigas", "Montalvo", "Canarias", "Brooklyn", "América", "Tápanes", "Columbia", "Lovande", "Hermanos Anchias", "La Novoa", "La Rosa", etc., cosechando aplausos e impertérrito ante las vicisitudes y contratiempos que se derivan de los quebrantos de algunas empresas pobres que lucharon a brazo partido, con la incompreensión del público que subestimó la calidad del espectáculo por la pobreza de la carpa.

—"Yo he recorrido toda la escala en el circo —agrega Pablo Díaz— desde la posición bien retribuida hasta la posición incierta de las pequeñas empresas que cerraban función en cualquier población de la Isla, cuando ya no se ganaba ni para comer".

—"La emoción del arte —argumenta— la prometedora celebridad, el aplauso del público, la vida bohemía, atrae a los artistas de circo de modo tal que a veces firman contratos a sabiendas de que no se los van cumplir, movidos, únicamente, por el embrujo y la atracción de la maroma..."

El público se fija en todo y cuando observa que la carpa es pobre, que los artistas no se alojan en un hotel o en casas quitadas de exprofeso, forma rápidamente un juicio muy malo, que propalado en la vecindad, da al traste con la función. Y cuando ya no es posible mantener todas las apariencias y la empresa su-

cumbe económicamente, se guardan los enseres en cualquier local en espera de recobrar fuerzas para reiniciar otra jira...

A veces la suerte abate tozadamente a los circos pequeños, azotándolos un mal tiempo y convirtiéndose la situación de angustiosa en desesperada. Entonces hay que dar funciones para sacar, exclusivamente la comida y, en estas circunstancias, los propios artistas recorren el pueblo o las colonias, vendiendo las entradas.

Los circos pequeños utilizan siempre el medio más barato de transporte, atravesando los caminos y serventías en carretas o arrastras tiradas por bueyes, suscitándose graves conflictos cuando la empresa le dice al transportador:

—"Te pagaré después de la función".

¡Cuántas veces ha tenido que intervenir el Jefe del Puesto Militar o una persona influyente de la localidad para aquietar las iras del cobrador a quien se le ha ofrecido, en garantía de pago, el propio circo!

Aunque el aspecto del circo influye notablemente en el entusiasmo y respeto del público, la gente de la gradería no deja escapar ninguna oportunidad para censurar acremente —¡sin piedad!— a los artistas cuando su número les desagrade.

—Vea usted tamaña injusticia —dice Pablo Díaz—. Con raras excepciones, el motivo de la censura no lo origina el número que el artista ejecuta, sino el vestuario pobre, deteriorado, maltrecho por el constante trabajo y que no ha podido ser repuesto a tiempo. El público grita y se enaña con el artista y éste tiene que soportar, con estoicismo, aquel aluvión de protestas, con



la honda convicción de que su pobre presentación le ha impedido arrancar aplausos y ganarse las simpatías del público.

—“En cuántas ocasiones yo he tenido que buscar un arroyo o un río para bañarme y para lavar mi única muda de ropa, teniendo que esperar a que se secase para acudir, vestido de limpio, a la función”.

Hubo circos, en el machadato, que admitieron a los muchachos, en pago de su entrada, botellas vacías, que después eran revendidas por la empresa.

—“Yo he trabajado fuera de Cuba —explica Díaz Felipe—. En México, en Honduras, en Panamá se respeta y estima mucho al artista cubano y en algunos países centroamericanos las autoridades no permiten, bajo ningún concepto, que se le grite o se le haga mofa al artista, porque se expulsa a quien lo haga.

Cada artista, tiene que llevar consigo sus aparatos, su ropa y cuanto le sea necesario para ejecutar sus números y aunque la Ley de Accidentes determina que deben estar asegurados, es tan difícil la situación económica de algunas empresas que ni pueden pagar la prima. En caso de un accidente, el espíritu de clase mueve a los artistas y empleados a dar solución al problema, sin quebranto para la empresa.

—“Hay que tener valor y resignación para retirarse a tiempo, apunta Díaz Felipe. Mientras se está joven y fuerte, toda va bien, pero una vez que las fuerzas físicas se agotan y ya no podemos

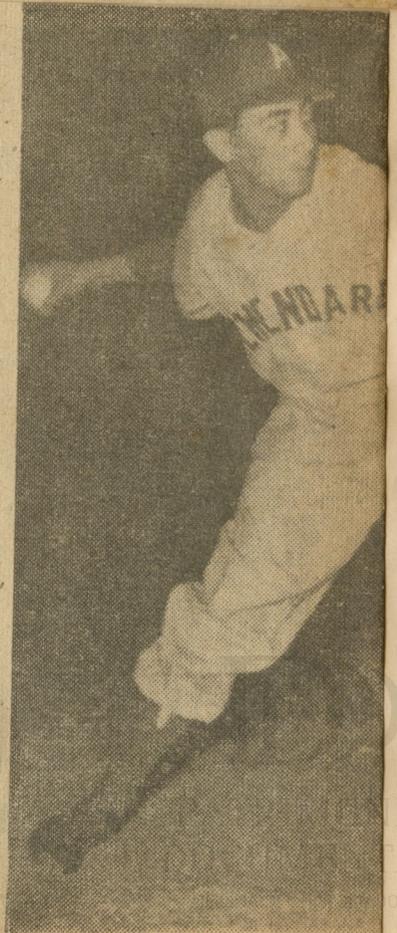
trabajar, entonces se nos mira como algo comprometedor y se nos rehuye. En el circo no ocurre lo que en el teatro que los artistas viejos pueden trabajar, desempeñando papeles secundarios o de viejo. En el circo, lo que no se ha hecho en la juventud no se puede alcanzar en la vejez y aquellos que se quedan, porfiando esa realidad, tienen al fin y al cabo, que emplearse como mozos, para ganarse el sustento.

El circo es una institución romana y en sus principios era un espacio plano y descubierto del cual se elevaban andamiadas o gradas de madera. Contenía tres partes principales: la arena, las gradas y las cárceles. Tuvo la antigua Roma cerca de quince circos en sus alrededores, extendiéndose a las provincias. En España fueron las plazas de toros las que sucedieron a los circos romanos en la exhibición de pasatiempos y juegos. Durante la Edad Media las farsas, mojigan-gas, ejercicios gimnásticos y pantomimas se verificaban en las calles y plazas, en los patios y salas de los castillos y palacios. Por el año 1,767 apareció un célebre jinete que organizó funciones hípicas en un local al que se le dió el nombre de **Cirquen Astley** y por 1788 se asoció Franconi, haciendo las delicias de los parisienses con funciones extraordinarias. El circo, desde entonces fué adquiriendo desarrollo llegando a presentar pantomimas dialogadas que se titulaban **mimodramas**, figurando en su elenco, ciervos, elefantes, caballos, monos, perros sabios, etc., siendo los hermanos Franconi los primeros ecuyeres, presentando el trabajo ecuestre en pelo.

*Mundo Nuevo
Dic 19/48*



El señor Luis Morales, administrador del Circo Montalvo con nuestro colaborador, Sr. Walfred



Noche tras noche, la esperanza de una